

## Introducción

Este conjunto de ensayos intenta explicar por qué a medida que el progreso tecnológico se acelera vivimos cada vez peor, por qué a medida que los avances científicos y técnicos se multiplican las crisis económicas se hacen más intensas y recurrentes, el desempleo estructural no deja de incrementarse y las sociedades se vuelven más desiguales. A menudo, los análisis críticos que se elaboran para explicar esta paradoja inciden en las manifestaciones más superficiales de la realidad, como por ejemplo que los empresarios de hoy (particularmente los inversores especulativos) se han hecho más avariciosos que los de antaño. Atendiendo a este enfoque, el neoliberalismo se explica como la ausencia de frenos morales entre los ricos del planeta. Es decir, se considera que la dinámica socioeconómica obedece estrictamente a una cuestión de voluntades. Por un lado, se encontrarían los ricos, la derecha, en definitiva los «malos» de la película (por cierto, cada vez más «malos»), sedientos de beneficios rápidos y cuantiosos, y capaces de cualquier cosa para lograrlos. Por otro lado estaría el pueblo, la izquierda, los «buenos» por naturaleza. Con este diagnóstico, es muy grande la tentación de pensar que si mandasen los «buenos» en lugar de los «malos» las cosas cambiarían a mejor.

Pero no cambiarán. Mejor dicho: no comenzarán a cambiar hasta que no empecemos a comprender que los problemas obedecen a una lógica más profunda, estructural, donde si bien las personas parecen actuar según su voluntad, en realidad están condicionadas por categorías abstractas que pautan su comportamiento. De ahí que en estos ensayos no nos conformemos con realizar una crítica de las manifestaciones más salvajes a las que nos tiene acostumbrados el capitalismo contemporáneo, sino que intentamos hacer un análisis más profundo de por qué

hemos llegado a esta situación crítica y de por qué, si no se evita, el actual sistema económico nos conducirá a un colapso definitivo. No hay término medio: o superamos categorialmente este sistema, o el sistema acabará con nuestra especie y nuestro planeta. El dilema «socialismo o barbarie», formulado por Rosa Luxemburg durante la Primera Guerra Mundial, se ha vuelto completamente actual.

Las próximas décadas serán decisivas. La contradicción fundamental de este modo de producción, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, ha alcanzado su cénit. Desde la década de los setenta del siglo pasado, el capitalismo es incapaz de alimentar una dinámica auto-sostenida de acumulación de valor real, teniendo que recurrir cada vez más a la producción de capital ficticio. De esta manera va posponiendo su colapso, pero con ello no hace más que incrementar sus contradicciones explosivas (tal como hemos tenido ocasión de experimentar tras el estallido de la crisis de 2008). En medio del optimismo tecnológico con que nos seducen permanentemente desde los medios de comunicación, lo que se oculta, lo que explica esta evolución paradójica, es que la producción de valor, la razón de ser de este sistema, ha alcanzado su límite interno absoluto. El capitalismo no sucumbirá porque choque con sus límites externos (por ejemplo, ecológicos), sino que lo hará mucho antes como resultado del desarrollo de su propia lógica. La sustancia del valor, el gasto en fuerza de trabajo abstracto, cada vez es menos necesario para desarrollar las fuerzas productivas sociales. Por consiguiente, la producción de valor declina, provocando que los capitalistas intensifiquen sus luchas competitivas por llevarse un trozo mayor de la tarta, pero de una tarta que no hace más que achicarse. Hoy en día, los capitales no son capaces de crecer si no es en detrimento de otros capitales. Y las propias luchas competitivas terminan por agudizar la mencionada contradicción fundamental: el progreso tecnológico constituye la principal manera de reducir el tiempo socialmente necesario para la producción de mercancías y, de esta forma, quedarse con el trozo del pastel del vecino rezagado, quien inevitablemente se arruina (ya que no puede competir produciendo con un gasto mayor en tiempo de trabajo). Los rasgos depredadores y parasitarios del capitalismo se agudizan, mientras que las ideologías sobre el emprendimiento y la innovación intentan generar un manto superficial de dinamismo y confianza en el futuro que nos distraiga de los problemas de fondo.

En el contexto de estas luchas competitivas hay sin duda ganadores que obtienen enormes beneficios, como ocurre hoy con los nuevos gigantes del capitalismo tecnológico (por ejemplo, Facebook o Google). Pero, en términos globales, la masa de valor declina de forma creciente, porque el avance exponencial de la productividad no puede compensarse con incrementos en el tamaño del mercado (ya sean provocados por el abaratamiento progresivo de los productos tecnológicos o por la aplicación más decidida de políticas keynesianas de expansión de la demanda). Así, el colapso del capitalismo es inevitable en el terreno de su propia lógica. No hay solución posible al límite absoluto de la producción de valor en el marco de este modo de producción. Y la propia lógica del valor, la necesidad de valorizar el valor, nos aboca a una situación crítica, haciendo inútil cualquier esfuerzo compensatorio desde el ámbito de la política económica.

Frecuentemente nos indignamos, y con razón, al observar el comportamiento despiadado y corrupto de muchos gobernantes. Pero nos olvidamos de que quienes nos gobiernan, independientemente de su color político, son meros «títeres» de la lógica del valor. Una lógica de la que nadie puede escapar (ni los de arriba, ni los de abajo), a pesar de los reiterados, y también sucesivamente fracasados, proyectos de cierta izquierda desencantada por construir sus «arcadias felices». En el fondo, solo podremos comenzar a construir una alternativa al sistema si comprendemos el capitalismo en términos categoriales, es decir, si realizamos una crítica de las categorías de valor, mercancía y dinero. Para ello es fundamental entender que el valor se despliega como una lógica abstracta, automática e impersonal. A diferencia de otras formas de dominación social, el capitalismo es un sistema que domina mediante la abstracción. Por eso es tan difícil superarlo: su lógica devastadora no terminará por quitar del poder político a los «malos» y poner a los «buenos», ni tampoco cambiando las relaciones jurídicas de propiedad o acabando con el mercado (tal como se puso en evidencia con la trágica experiencia posterior a la Revolución Rusa de 1917). No obstante, nos encanta buscar «chivos expiatorios» causantes de nuestros males. En algunos casos, esos «chivos expiatorios» son los banqueros, los especuladores y los corruptos. En otros casos, se personaliza de forma más negativa en los inmigrantes, los funcionarios o las minorías étnicas. Lejos de todo ello, es necesario construir una perspectiva crítica

que supere esta forma de ver las cosas, que entienda que el capital es una relación social abstracta e impersonal, aunque no despersonalizada (como bien señala Gilles Dauvé).

A pesar de que muchos de sus autoproclamados seguidores lo interpretan en un sentido completamente distorsionado (desde los althusserianos recalcitrantes hasta los humanistas más sinceros), fue Karl Marx quien comprendió de manera cabal esta lógica demoledora. Por ello continúa siendo fundamental estudiar su pensamiento y tomarlo como referencia central, como intentamos hacer en estos ensayos. En clara oposición al pensamiento de su época, Marx comprendió algo fundamental: que el capitalismo domina a través de formas reales abstractas, en particular la forma de valor en sus distintas metamorfosis (la mercancía, el dinero, el capital, el Estado, la nación ...). Su crítica de la economía política no es sin más una teoría sofisticada del valor-trabajo, sino una teoría de la forma de valor que va indisociablemente unida a una teoría sobre el fetichismo de la mercancía, el nuevo encantamiento del mundo que poco a poco sustituye a las religiones tradicionales. Es decir, parafraseando a Isaac Rubin, otra referencia de primer orden en nuestro trabajo: una sociedad capitalista no solo se caracteriza porque las relaciones sociales se presenten como relaciones entre cosas, sino porque estas relaciones entre cosas son las que regulan el conjunto de las relaciones entre las personas. Esto es: Marx no se contenta con explicar que el valor es una forma de representación de la riqueza social (en particular, del trabajo abstracto contenido en la producción de esa riqueza), sino que dicha forma de representación abstracta es real, adquiere vida propia y se autonomiza de su contenido, haciendo que las cosas dominen a las personas. Desde este planteamiento se han de comprender los ensayos que ponemos a disposición del lector.

Sin embargo, a medida que el progreso tecnológico se acelera, la forma de representar la riqueza social se vuelve anacrónica, entra en crisis, intensificando su carácter fetichista mediante ilusiones monetarias, utopías tecnológicas y mecanismos de valorización cada vez más ficticios. Para comprender esta crisis de la forma de valor y su consecuencia principal, la evidencia cada vez más palmaria de que la producción de valor ha llegado a su límite interno absoluto, es fundamental referirse a la corriente de pensamiento denominada «crítica del valor». Fue Robert Kurz quien la inició, y actualmente cuenta entre sus figuras más

destacadas, al margen de las diferencias entre ellos, con Anselm Jappe, Moishe Postone, Ernst Lohoff y Norbert Trenkle. El estudio de sus contribuciones ha sido de una enorme importancia para la elaboración de estos ensayos, y desde estas líneas debo reconocer mi deuda intelectual con ellos. La crisis de la forma de valor, la incapacidad creciente de la misma para regular las relaciones sociales, es una consecuencia directa del desarrollo de las fuerzas productivas, en especial de las sucesivas revoluciones tecnológicas. En la medida en que el conocimiento social acumulado se convierte en la principal fuerza productiva de la sociedad, en detrimento del gasto inmediato de fuerza de trabajo, la forma de valor pierde progresivamente su capacidad para representar la formación de la riqueza social. Las consecuencias de este proceso son socialmente devastadoras (y lo serán cada vez más). En particular, millones de trabajadores están volviéndose, a un ritmo acelerado, superfluos para el sistema. Pero así el propio capitalismo se ve irremediamente condenado al colapso, ya que, si cada mercancía producida contiene una cantidad menor de gasto de fuerza de trabajo, la masa global de valor, es decir, la masa de valor del conjunto de las mercancías, declinará. El ritmo de este decrecimiento dependerá de la posibilidad de establecer mecanismos de compensación mediante el incremento del tamaño del mercado (de modo que aumente la masa global de mercancías vendidas), pero la velocidad de los cambios tecnológicos es tal que cualquier mecanismo de este tipo queda desfasado en poco tiempo, agudizando la propia lógica competitiva que la alimenta.

En términos generales, en la izquierda hay una incompreensión preocupante de esta dinámica del capitalismo. La crisis está impactando duramente sobre las condiciones de vida de la población. Y aunque cada vez vivimos peor, rebrotan una y otra vez las ilusiones neorreformistas. Por desgracia, la izquierda se ha convertido en una poderosa industria de generación de falsas ilusiones, imbuida de la lógica fetichista del sistema, incapaz de superar sus categorías, alejada de un verdadero debate sobre los contenidos reales de la dominación capitalista, contagiada lamentablemente por las influencias formalistas del pensamiento posmoderno. Digámoslo claro: no hay ninguna posibilidad de introducir ni siquiera unas mínimas reformas en este capitalismo en descomposición. Todo lo que nos espera son retrocesos en las condiciones de vida. Y ante esta situación, podemos hacer dos cosas: o bien

permanecer sumidos en la lógica del valor, disputándonos (incluso violentamente) una riqueza abstracta cada vez menor, o intentar superar categorialmente este sistema, y dejar atrás la lógica del capital. Para emprender este segundo camino es necesario profundizar en el análisis de las categorías de valor, trabajo abstracto, mercancía y capital. Nuestro primer ensayo intenta desarrollar algunos elementos básicos en relación a esta cuestión. Para empezar, estas categorías no deben entenderse en términos transhistóricos y ontológicos. Por un lado, la categoría de valor es el resultado de condiciones sociales específicas, de una sociedad donde los productos del trabajo se enfrentan entre sí en un intercambio generalizado de mercancías. Las categorías del capitalismo, por tanto, no pueden extrapolarse a otros contextos sociales donde no se produce de forma generalizada un intercambio de esta naturaleza. Por otro lado, el modo de producción capitalista se fundamenta en la doble naturaleza del trabajo y de la mercancía. Esto quiere decir, como señala Rubin, que el análisis de la economía capitalista siempre ha de tener en cuenta una doble dimensión: la técnico-material y la del proceso de valorización.

No obstante, existe permanentemente la tentación de adoptar un enfoque unilateral de doble sentido, como expone Federico Corriente (2015) en un artículo muy interesante que publicó la revista *Salamanca*, y cuya problemática se aborda con más profundidad en los trabajos recopilados en la revista *Endnotes*. Por un lado, entender la lógica del valor como si se reprodujese de forma automática al margen de las relaciones sociales que la constituyen, basadas en el antagonismo entre capital y trabajo. En cierta medida, este es un problema implícito en la concepción del sujeto automático que adopta la corriente de la «crítica del valor». Para Kurz y sus discípulos, la teoría de la forma de valor deriva en una concepción del sujeto automático autosuficiente, en una totalidad social que se reproduce por sí sola, donde se descarta el análisis de clase y donde la explotación del trabajo sería un fenómeno marginal en términos analíticos. Por otro lado, un obstáculo más común consiste en adoptar una concepción ontológica del valor, actualmente muy en boga. En realidad, hoy día esta concepción ricardiana del valor se ha generalizado en el pensamiento crítico y, lamentablemente, entre muchos marxistas (que, como comentaba más arriba, catalogan la crítica de la economía política de Marx como una síntesis entre la teoría del valor-trabajo de Ricardo y el análisis de la plusvalía y de la explotación del tra-